

COMENTARIO AL TRABAJO "EL TESORO
DE MEDICINAS DEL VENERABLE
GREGORIO LOPEZ".

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS

¡QUÉ EXTRAÑA figura la de este Gregorio López! Su nombre no puede pronunciarse sin ir acompañado de algún adjetivo celestial. El siervo de Dios, el seráfico anacoreta, el varón místico, etc. Sus recuerdos siempre nos lo pintan en vida eremítica. Nos hablan de su desprecio de la vida terrenal; de sus conocimientos bíblicos; de su amor al semejante; de la sobria poquedad de su alimento. Admira el estado contemplativo en que pasó casi toda su existencia y un lector poco avisado esperaría que su vida ocupase extenso lugar en los libros religiosos de México. Pero esas obras casi no se ocupan de él. Le dedican algunas líneas, tal vez un corto capítulo; le recuerdan como el primer ermitaño de América o hablan de su proceso de beatificación. Los libros, bastantes en número, que relatan su vida son cuentos de hadas. Fantásticos relatos de hechos imaginarios, en los cuales los autores novelan historias que nunca sucedieron. Y en cambio hemos sido los médicos los que nos apropiamos de su figura para incorporarla a la historia médica de México.

Hace ya mucho tiempo que me preocupó este hecho. ¿Por qué a Gregorio López se le recuerda dentro de la medicina mexicana y en cambio hemos olvidado a otros muchos hombres con una efectiva y mucho más trascendente labor? Creo que son factores ajenos a nuestra profesión los que motivaron este hecho.

Cierto que Gregorio López escribió un libro de medicina; cierto también que se interesaba por nuestra ciencia, que nunca evitó dar un consejo terapéutico y que, durante algún tiempo, habitó entre las acogedoras paredes de aquel hospital de Huastepéc que ahora veneramos. Pero ¿Cuántos hicieron algo similar y hoy ni siquiera podríamos recordar sus nombres? ¿Qué fue de los abnegados frailes hipólitos y juaninos que durante décadas dieron su vida a los enfermos? Los

* Leído por su autor en la sesión del 15 de julio de 1964.

recogían, los llevaban a las casas por ellos fundadas y les dieron toda clase de auxilios para el cuerpo y el alma. ¿Quién se acuerda de los muchos franciscanos que unían a su labor evangélica la de socorrer enfermos y perdieron la vida, —como nos cuenta Sahagún—, asistiendo apestados por los jacales y enterrando sus cuerpos pestilentes. Nada de esto hizo Gregorio López. Prefería la contemplación, la conversación discreta sobre temas filosóficos o bíblicos, la soledad meditante. Vivió alejado en su isla; que isla fue su pobre jacal, donde quiera que lo plantara: la Huasteca, Santa Fé, Atlixco o Huastepéc. Isla rodeada de un alto e impenetrable muro espiritual, que nadie pudo saltar. Dijo lo que quería y calló cuanto le convino, creando en su derredor una atmósfera de misterio y curiosidad. Todavía hoy no sabemos quién fue. ¿Hijo del rey? ¿Judío enmascarado? ¿Teólogo arrepentido? ¿Científico profundo? ¿Santo predestinado? Todo se sospechó de él y nada pudo probarse. El hombre que desde la niñez buscaba la soledad, la vida inadvertida, pasó a ser, por lo mismo que buscaba, el punto central de una larga y complicada historia que todos mantuvieron y ha llegado hasta hoy. Uno de sus biógrafos nos dice: “todo el mundo hablaba y refería de su persona cosas extraordinarias que iban de mano en mano y sus alabanzas de lengua en lengua”. Esto fue lo que le dio la fama y el arte de curar. Más que sus conocimientos médicos; por encima de los remedios de su libro, anticuados para su época, según sus propios panegiristas; influyó su recia y misteriosa personalidad. Fue la voz que hizo correr su extraordinaria virtud; la fama pregonera de su excelencia; el repetido relato de su vida de santidad y las discretas razones con que sabía contestar a sabios y necios los que le dieron la notoriedad y con ella el virtuosismo médico.

Nadie ignora el poco discernimiento con que los pacientes buscan la salud por medios sobrenaturales. Desde las manos del rey de Inglaterra que por ser del rey, al tocar curan la escrófula; hasta las dudosamente limpias del más tenebroso curandero de cualquier parte, pasando por el contacto con momias y reliquias de santos, todos los medios son buenos para impartir curaciones sobre aquellos que buscan la salud en la otra orilla de nuestra ciencia. Y Gregorio López tuvo todo lo necesario para que de su mano y de su voz partiese el influjo curativo. Fue santo, virtuoso, rodeado de misterio y supo medicina. La medicina de su tiempo tan cercana a la brujería y a la magia como desprovista de efectividad. En su figura, en su manera de ser, en su actuación, encontramos un verdadero santo de carne y hueso al modo como la mente popular personifica la santidad: pobreza, hambre, castidad. Y ¿qué santo hay en el cielo que no tenga abogacía contra alguna enfermedad? Era natural que sus contemporáneos se acercaran a él esperando el remedio salutífero y es natural que después de su muerte el relato de sus acciones singulares acrecentara el valor de sus virtudes. Entonces aparecieron sus libros, sus recetarios curativos que volaron por encima del mar para llevar el relato de sus excelencias al viejo mundo.

Y así entró en la medicina, por una puerta lateral, en sentido inverso. Sin embargo los médicos lo acogimos y lo acogemos siempre, pues por encima de los detalles de su vida que podrán seguir sirviendo para nuevas y cada vez más noveladas historias. Aparte de creernos o no sus extrañas curaciones, como la de aquel estornudo que evacuó un secuestro óseo, y de que no podamos ver en su libro más que un hermoso material donde estudiar la medicina popular de su siglo, queda un hecho inmovible. Gregorio López, se acercó a la medicina, colaboró en ella, aprendió a curar y curó con toda la abnegación, el amor y la fe que desde la más remota antigüedad hasta hoy, ha sido la única base inmovible y eterna de nuestra profesión.

Por estas razones considero muy acertado el tema que nuestro amigo el Dr. Fernández del Castillo acaba de presentarnos. Ha recogido el aspecto humano de Gregorio López. Nos ha hecho ver en la realidad de tan bellas diapositivas lo que aun subsiste de aquella vida ignota y creo que debemos felicitarle por el profundo y documentado conocimiento que sobre este tema acaba de transmitirnos.